

El Último Árbol

3ra. Edición.



Un clásico moderno de la literatura latinoamericana

FUNSAGU EDICIONES
William Mercay

Copyright 1998/2002
William Mercay
Depósito legal: If79120028001192
ISBN: 980-6519-04-03



Ing. William Mercay

El Último Árbol

Prólogo

Ha sido común en nuestros tiempos escuchar sentencias como: "La tercera guerra mundial, será por el agua"... "El Crecimiento de la población mundial acabará en una gran hambruna"...

Ficción o realidad, vemos a cada instante noticias sobre la devastación implacable del hombre en contra de su medio ambiente, en ocasiones para construir sus viviendas, cuota obligatoria para el desarrollo de los pueblos, o a veces debido a un voraz incendio producido por el descuido o mala intención de algún individuo a quien no le parece importante el daño a la vida que pueda causar con ello; o, simplemente, "La fiebre del oro" que arrasa con kilómetros de selva en busca del preciado metal, sin importar cuánto pueda tardar la naturaleza en reparar aquellos daños.

Lo cierto del caso, es que en realidad no sabemos cuánto tiempo el ser humano podrá vivir sobre la faz de la tierra, ya que la devastación del hombre llegó a la estratósfera, y ya nuestro cielo azul de ozono se está rompiendo, sin que aún se tome conciencia de lo que puede ocurrir si lo perdemos.

En esta faceta de la inspiración del escritor William Mercay, en un relato de ciencia-ficción con una gran carga de realismo y matizado con destellos de espiritualidad —"El Último Árbol"—, nos advierte de aquello que grandes visionarios de la historia —como Michelle de Nostradamus—, nos insinuaron con siglos de antelación: "Que el hombre, en su desmedida ambición por las riquezas de la tierra y del poder, terminará destruyendo lo único que realmente puede destruir: a sí mismo".

Esta obra, como crónica de nuestro presente, nos muestra para el futuro un cuadro dantesco de las condiciones a las que podría llegar la humanidad, de no tomar a tiempo conciencia del deber que tiene de preservar la vida que le rodea y que constituye su hábitat.

Rafael Silva

Introducción

La imaginación es, sin duda, un milagro de la evolución, porque en su seno se entregan infinitas formas y realidades que no pocas veces nos asombran o escandalizan. “El Último Árbol”, es una de esas obras profundas creadas con la forma propia del autor, en la cual se nos lleva de la mano hacia unas fronteras donde la vida, la muerte, la libertad y el fin último de la existencia, se mezclan en un cuento que trasciende y nos enseña las irreductibles consecuencias de ciertos rumbos y ciertas maneras de ver y enfocar todo cuanto nos rodea.

Al leerlo, la atmósfera calurosa y desolada de un mundo sin amor se incrusta en la carne como una daga mortal y el horror del instante final nos abraza con firmeza para recordarnos que no somos dioses, sino solo pequeños mortales, que tienen el poder de su destino en sí mismos, y con éste el de las innumerables obras de la vieja Tierra que tenemos bajo nuestros pies.

“El Último Árbol” nos enseña muchas cosas y, a través de lo que esperamos sea una ficción, nos muestra el terrible drama de la devastación y de cómo el hombre se convierte en la locura de un Dios tiránico que ha perdido el juicio por amarlo más allá de todo límite...

Jesús Alberto Utrera

El Último Árbol

Simplemente a la vida...

I. La devastación

Y aconteció que el hombre, en su afán por el poder, destruyó su medio ambiente, no controló la tala, la quema, la contaminación de los mares y la atmósfera. En ese proceso desmedido se extinguieron la mayoría de los animales, podía observarse un paisaje devastador: kilómetro tras kilómetro era lo mismo, cadáveres de animales y hombres disecados de forma natural adornaban de manera macabra casi toda la superficie de la tierra; artefactos oxidados, vehículos y restos de construcciones, eran parte del paisaje... El caos fue total. La crisis había llegado al mundo entero. Sudamérica fue invadida por las grandes potencias que emigraron cerca del Amazonas, los habitantes autóctonos fueron asesinados. Aun así, el inmenso bosque duró mucho, aunque el mal estaba hecho... El mismo aire contaminado mermaba a los pocos árboles existentes; algunos desquiciados contrabandeaban todavía con la poca madera que quedaba: era el extremo de la torpeza humana...

Han pasado varios años. Se puede observar que ya no existe clase alguna de bosque en América, ni en el resto del mundo; las aves de las más variadas especies no se posan sobre las ramas de las extintas plantas: ahora se alojan durante todo el día en las partes altas de las cavernas. Convertidas en "aves nocturnas" ven pasar el día en las cuevas, su único medio de supervivencia. En el piso de las grutas, están los pocos animales salvajes que lograron sobrevivir. En el espacio melancólico de aquel recinto, se ven múltiples reflejos rojizos que macabramente brotan de sus ojos.

Las horas más oscuras de la noche son dominadas por bandadas de depredadores nocturnos, un símil amorfo de un quiróptero con grandes proporciones.

Los hombres ya no viven en la superficie, pues la capa de ozono no protege más que la cuarta parte del globo terráqueo. Las viviendas son construidas a la inversa, como edificios subterráneos, con una apariencia tétrica y decadente, en donde cada piso se dirige hacia el centro de la tierra para escapar de los rayos ultravioletas; hoy, los humanos son seres nocturnos.

Las pocas comunidades de alto poder adquisitivo, viven en ciudades submarinas protegidas por cúpulas que parecen de cristal, construidas con polímeros, fibras de carbono y cuarzo, toda una obra maestra de una ciencia dinámica llamada nanotecnología, una especie de célula artificial que se reproduce, y se acomodan entre sí para dar forma a una determinada estructura. Estas comunidades acuáticas están oxigenadas por un sistema de respiración artificial biomecánica, cuyo funcionamiento es programado y vigilado por la llamada inteligencia artificial, una especie de máquina con un mecanismo que simula las branquias de un pez. Al circular el agua por sus diminutas fibras membranosas, separa las moléculas de oxígeno y las canaliza al interior de las ciudades. Sobre la cúpula traslúcida, al contacto con el agua en la superficie de estas ciudades, se pueden ver caminar gendarmes mecánicos: son robots acuáticos programados para limpiar la superficie del aparente cristal y atacar o disparar contra cualquier aparato u objeto que pueda amenazar la seguridad de esas cúpulas habitadas.

Quienes viven en estas comunidades son descendientes de los que dominaron el poder político, militar y científico, los que pudieron escapar del gran caos por poseer el poder en el momento de la mayor crisis. Vieron con sus propios ojos suplicar y morir a millones de personas que pedían embarcar en la nave que los llevaría a las ciudades submarinas; observaron cómo los soldados acribillaban con sus armas a cientos de personas para mantenerlas alejadas de la zona de embarque de esta elite social; fueron testigos y cómplices del acribillamiento de miles de seres humanos desde los aires, con todo tipo de armamento y estrategia... fue la mayor matanza del hombre por hombre.

¡Una gran ironía! Los pueblos votaban por sus gobernantes y estos gobernantes, por el derecho otorgado por ese voto, serían los que sobrevivirían y tendrían la primera posibilidad de ser los elegidos para que subsistiera la raza humana.

Los demás —así de simple—, serían asesinados cruelmente por las circunstancias climáticas o por las armas de un Estado que, en nombre del orden, se alejaba entre las aguas y de los pocos sobrevivientes a quienes debían su estatus. No obstante, esos pocos sobrevivientes también buscarían la forma de subsistir...

La evolución humana no es igual para las masas, evoluciona quien más puede y quien más riquezas tiene. Estas comunidades siembran algunas legumbres y vegetales ayudados de luz artificial, pero no poseen árboles de ninguna especie. Son ellos los únicos que en el día pueden ver un poco de luz solar, la cual llega turbiamente, filtrándose a través de las aguas del mar. Aún así, siguen destruyendo; ahora consumen las algas, atrapan los pocos seres acuáticos que quedan para satisfacer sus necesidades alimenticias y asegurar bajo cualquier condición su existencia. Su ciencia ha llegado a un límite; el poco oxígeno que pudiese quedar en el agua y en la tierra ha permanecido estable de manera misteriosa, los científicos no logran descifrar esta permanencia; los sacerdotes, que todo lo explican bajo sofismos religiosos, determinan que “es un milagro del Señor”.

Son dos civilizaciones distintas: una elite submarina y una terrestre que ha sobrevivido... ambas sin disfrutar de la gran virtud de la naturaleza, menos aún de las reliquias arquitectónicas. Fue destruido el Taj Mahal, la Estatua de la Libertad, una antigua torre inclinada en Italia, un hermoso teatro de Australia, todo lo barrió la furia humana por el poder. El terror reinó en el mundo, guerras santas e imposiciones políticas nos llevaron al caos, desaparecieron la mayoría de los habitantes del planeta, no existen más de once mil personas, algunos mutantes, humanoides, animales pensantes y clones bio-orgánicos, todos reunidos en Centroamérica. “El nuevo continente” —que de nuevo ya no tiene nada—, es el lugar que en menor grado es afectado por la llegada directa del sol; aún así, cada día que pasa es peor, y pronto no quedará ningún rincón de la tierra para darle protección al hombre.

II. El enfrentamiento

En un lugar distante, altamente rocoso, que el hombre no alcanzó en su afán de destrucción —quizás por el deseo de Dios—, y en uno de los sitios más escondidos del mundo, queda un solo árbol: “El último árbol”, que no fue destruido porque la mano del hombre nunca pudo llegar a ese sitio. Esto explica porqué los pocos seres que quedan aún pueden respirar.

El siguiente relato nos describe cómo sobrevivió este enorme árbol...

Ochenta años atrás, un cóndor que se encontraba en los últimos días de su vida, al no encontrar roedores para alimentarse, se vio obligado a comerse la última semilla de un árbol madre. En el mismo momento fue sorprendido y herido por seres humanos; el ave corrió dejando escapar su graznido de dolor, y con una de sus patas ensangrentadas, alzó vuelo con gran esfuerzo. Mientras los humanos, hacha en mano, derribaban a la progenitora del último árbol, el ave se alejaba y en la distancia observaba la estupidez humana. El cóndor con su sufrimiento, y cada vez más cansado, se fue en caída libre... hasta impactar contra el suelo, donde con leves quejidos cerró sus ojos y murió.

Al pasar de los días se observaba su descomposición: las plumas se las llevaba el viento, los gusanos nadaban en su cadáver cumpliendo su función, caían gotas de agua, a medida que pasaban los días llovía con mayor intensidad... hasta que todo se calmó siete días después de la caída de cóndor.

Repentinamente surgió del cuerpo putrefacto una pequeña planta, iera la semilla que se había comido y estaba germinando!

Aquí es donde, en realidad, aparece el personaje que usted nunca olvidará, el personaje que llamaremos: *El Último Árbol*.

La planta creció y creció vigilada por la mano del Señor; todo ser que se acercara a los pies de la montaña era exterminado de inmediato por los Ángeles Custodios, los

cuales permanecían a setenta y dos kilómetros de distancia, y a quienes también les era prohibido acercársele al árbol. Llegó a medir sesenta metros de alto y su follaje fue el más hermoso jamás visto en la humanidad, tenía la facultad de pensar y hablar; pero, ¿con quién podía hablar?

Solo conversaba con Dios y le decía: —Padre, siento un dolor inmenso en mi alma al ser el último sobreviviente de mi especie, ni siquiera tengo a quién hacerle llegar mi polen y comenzar una nueva reproducción. Tú, que le diste a Adán una compañera, te suplico que crees una planta hembra de mi misma especie para que mi polen le pueda llegar y así ver el mundo nuevamente lleno de árboles antes de que se acerque mi muerte.

—Los hombres no merecen estar vivos —contestó Dios evadiendo las súplicas de su interlocutor y lógicamente herido al ver el mundo destruido por la mano de sus propios hijos.

—¡Pero sus pequeños no tienen la culpa! —dijo el Árbol refiriéndose a los niños y buscando un espacio para ser entendido, ante la persistencia de Dios por destruir el mundo de una vez por todas.

—Es la herencia que les dejaron sus padres.

—¡Por favor, no nos destruyas a todos!

—Yo no lo he hecho; ellos se han arruinado a sí mismos y también a ustedes. ¡No pienso hacer nada a su favor! —reprochó molesto al ver cómo los humanos habían destruido su obra.

El Árbol se había convertido en el abogado defensor de los pocos seres vivientes que aún quedaban en la tierra. Así y todo, Dios ya no quería escucharlo, y trató de terminar la conversación con las siguientes palabras: —Hijo, entiendo tu dolor pero ya no me interesa seguir siendo el bueno.

—Señor, ¡ni mis hermanos animales ni yo tenemos la culpa! —contestó el Árbol con nobleza.

—Por uno pagan todos.

Era evidente que Dios estaba triste y dolido de ver cómo desde el principio del mundo sus hijos ignoraban sus leyes y destruían lo que Él les había dejado como herencia.

—¡No es justo! —insistió el Árbol.

—Tampoco es justo que no se hayan conformado con matar a mi hijo, Jesús, llevándolo a la cruz y convirtiéndome en el Henausto¹ más dolido del universo al ver cómo fue asesinado por las manos de sus propios hermanos. Aún así les envié otros avatares para hacerles cambiar sus ideas y también los mataron; no conformes con esto destruyen el mundo, la vida...

—Sí, Padre, pero fueron ellos, no fuimos nosotros —abogó el Árbol en su defensa.

—Ya cállate, tú no entiendes mi dolor —contestó Dios enojado.

—Ni tú el mío, Señor —replicó el Árbol.

—¡No intentes sublevarte ni reclamarme! ¡Más bien dame las gracias por haberte escondido del hombre!

—¿Del hombre?... Si el hombre es tu equivocación, Señor... —recalcó el Árbol.

—¿Qué dices? —preguntó Dios admirado y sintiéndose ofendido.

—Que no eres tan perfecto como lo hiciste pregonar.

—¡Cuidado con lo que hablas! —repuso amenazante.

—Ya no importa tu castigo contra mí, Señor —contestó el Árbol llorando de dolor al ver todo perdido.

Dios trató de reflexionar y le contestó: —Habla hijo.

Continuó el Árbol: —Tú hiciste al hombre, fuiste tú quien lo creó, fuiste tú quien le otorgó la libertad de hacer lo que quisiera, lo que ellos llamaron “libre albedrío”, ¡pues entonces la falla es tuya, Señor! No pudiste controlar a tus hijos; en cambio, los demás seres soportamos en silencio el defecto que dejaste en ellos. José y Jesús nos derribaron para ejercer su profesión con nosotros, hacían viviendas y mesas, fue mi primo a quien derribaron para hacer la cruz donde clavaron a tu hijo. Mi primo el cedro también fue sacrificado, pero tú lloraste y te enojaste al ver a Jesús muerto, conmoviendo los cielos para demostrar tu enojo. Los rayos que hiciste caer aquel día partieron en dos a más de un árbol, y en ningún momento lloraste por el árbol que destruyeron los humanos para hacer una cruz de palo, ¡el cedro también fue

¹ Henaustidad: Sust. Fem. Condición de Henausto (a).

Henausto (a): Dícese de la persona cuyo hijo (a) ha muerto o se le han muerto. Verbo a manera de neologismo creado por el autor de esta obra.

sacrificado! Y en ningún momento te diste cuenta de los árboles derruidos por tu molestia. Por el contrario, lloraste solo por el hombre, por tu hijo...

Y prosiguió el Árbol: —Cuando se construyó el Arca de Noé fuimos talados sin piedad para servir de embarcación, y no nos quejamos. El resto que no fue talado, quedó ahogado por tu diluvio, tú también nos has arrasado y nosotros hemos soportado en silencio, respetando tu voluntad. Cuando Abraham, no aceptaste que sacrificara a su hijo, pero sí permitías gustoso el sacrificio de animales para adorarte. Entonces, ¿cuándo nos tomarás en cuenta? Hemos sido nosotros los más nobles y sumisos, hemos respetado tus pautas, la supervivencia, la cadena alimenticia, pero sobre todo, hemos sido los más humillados por los humanos... No pido que destruyas al hombre, tú eres el Creador y tú decidirás, solo te pido que si tu decisión es extinguirlos, hazlo. Pero únicamente a ellos, porque nosotros no hemos levantado un dedo para ofender tu sabiduría. Nosotros sí merecemos seguir viviendo, solo yo me he atrevido a hablarte de esta forma y asumo el riesgo; total... ¿qué más puedo perder si soy el último árbol? Tarde o temprano moriré y mi especie vegetal llegará así a su final. Fuimos nosotros quienes transformamos el dióxido de carbono y quienes soportamos la contaminación. Después que yo muera o me destruyas con un rayo, tendrás que inventar o crear con tu poder otro sistema de oxigenación si deseas seguir conservando a tus hijos vivos, porque hasta para eso son malos: reciben el aire puro y lo devuelven contaminado. Y estas leyes en su caos las has creado tú, ¡al diablo, Dios! ¿Cuál es tu diferencia entre el bien y el mal? ¿Eres realmente Dios o eres el mismo demonio encarnado en tu propia esencia?

Dios, espantado por lo que había escuchado, sintió ofendida su paternidad, pero ciertamente en su furia entendió que el Árbol tenía razón. Así y todo, no doblegó su orgullo y se marchó diciendo: —Te has atrevido a juzgarme y a reprocharme, por lo tanto ya nunca te escucharé, pues hieres mi corazón; ya nunca me verás.

Dejó sentir una fuerte brisa seguida de un silencio espantoso, y ya no se lo escuchó más.

Mientras el Árbol lloraba, le gritaba dramáticamente: —Perdona mi rabia, Dios, no te marches, no me encadenes a la soledad, ¡con quién hablaré! —suplicó desesperado en un intento de no perder su única amistad.

Pero Dios cumplió, no lo escuchó, ni lo escucharía nunca más.

Al mismo tiempo, los Ángeles Custodios se retiraban de la cercanía y se les veía volar en bandadas hacia el universo. Sus alas blancas, a medida que se elevaban, se transformaban en colores grises; los rostros de los ángeles dejaban de ser hermosos y tomaban forma de demonios, parecían ser esencia que respondían al estado emocional de ese ser que hemos llamado Dios. La tierra quedó desprotegida, o quizás liberada de toda Deidad.

Un Dios aparentemente malvado, con todo su ejército de Ángeles, se había marchado de la faz de la tierra.

III. La rebelión de las bestias

Con el correr de los años, la soledad era cada vez mayor y el Árbol pensaba y pensaba, se preguntaba el porqué de su destino y sentía en el alma y en su cuerpo la injusticia divina... Algunos días soportaba la radiación solar y otros las fuertes lluvias ácidas. Sus hojas empezaban a debilitarse, pero su mente estaba intacta, llena de muchas preguntas que él mismo trataba de responder; unas veces lloraba, y otras veces gritaba.

En el séptimo año, en la séptima noche, cuando las aves se reunían a las orillas del mar para buscar entre los desechos tóxicos cualquier desperdicio que pudiera alimentarlas, cuando los hombres salían a cazar algún animal de los que quedaban y que, al igual que ellos, iban en búsqueda de un poco de comida en la oscuridad, de pronto se escuchó un grito ensordecedor de dolor en toda la humanidad. Las aves, todos los animales y los pocos seres humanos, espantados por ese lamento, se ocultaron de inmediato en sus recintos.

El grito, el llanto, era del árbol, quien en un intento por romper con su soledad despegó sus raíces del suelo para poder caminar. Se podía observar cómo reflejaba su lamento, cómo la tierra se abría con su esfuerzo, cómo sudaba y lloraba gotas verdes de llanto y dolor, hasta que pudo dar sus primeros pasos y empezó a caminar hacia la cercanía de la ciudad.

Las personas, las aves y todos los animales comenzaron a rodearlo. Por un instante no había rivalidad, era un espectáculo sobrenatural ver a un árbol, pues se creía que no existía ninguno y que el poco oxígeno provenía de las algas.

El Árbol, al verse rodeado, comentó desvariando y con tristeza: —¡Qué risa me da al verlos con esas caras, mirándome como algo extraño o como una reliquia universal!

—¿Qué podemos hacer por él? —preguntó un mutante.

—Tratar de calmarlo —sugirió otro.

—¡Un momento, un momento! —comenzó a gritar un anciano abriéndose paso entre la multitud.

Repentinamente saltó el león acompañado de una inmensa águila que, abriendo sus alas, escudaban al árbol, pensando que el anciano podría hacerle daño a la planta en cuestión.

—Déjalo llegar a mí —le dijo el Árbol al león.

El viejo se acercó al árbol, se arrodilló ante él y tocando sus raíces, articuló las siguientes palabras: —¡Eres tú!

—Siempre he sido yo. Y tú, anciano, ¿quién eres y qué quieres? —preguntó el Árbol.

—Soy un viejo torpe que por muchos años ha soñado contigo, y en mis sueños y esperanzas eres tú quien de alguna manera logras llenar nuevamente el mundo de vegetación.

—¡Cuánto quisiera yo que tu sueño fuera realidad! ¡Cuánto deseo yo poder ayudarlos! ¡Cuánto le pedí a Dios que nos pudiera perdonar! Pero se marchó y dejó muy clara su negatividad.

—¡Pero hay una solución! —dijo el anciano.

—¿Cuál? —contestó el Árbol.

—Empecemos a enterrar tus raíces, pues si no lo hacemos morirás...

—¡Un momento! —Interrumpió la serpiente en su segunda aparición verbal sobre la humanidad y continuó—. La culpa de este caos ha sido de los humanos —mientras pasaba al frente de cada uno de ellos.

El resto de los animales la apoyaron y acusaron. Un viejo simio propuso crear un tribunal para determinar culpabilidades; todos los involucrados argumentaron los

errores humanos, cada vez los reclamos eran más fuertes y se sentía crecer el odio de todos contra los hombres.

La serpiente, con sus ojos magnéticos, ejerció el liderazgo de la situación y comenzó a hablar: —¡Señores no esperen más a los humanos, tenemos que liquidar!

El Árbol abogó: —Amigos, no les hagan daño, pues ellos tienen un aliado divino, por más que tengan defectos jamás serán destruidos en su totalidad, solo se extinguirán a sí mismos, o por la mano de su Creador.

El anciano observaba espantado y poco a poco se alejaba, retrocediendo paso a paso. Los animales protestaron e ignoraron las palabras del gigante verde y procedieron a vengarse. Los pocos humanos arrinconados hacían súplicas por sus vidas, las bestias saltaban y atacaban a los hombres más fuertes para devorarlos, las mujeres gritaban con los niños entre sus brazos, mientras los pequeños lloraban por no entender lo que pasaba, otros niños eran devorados...

Para ese instante se sintió un leve destello en el cielo; parecía que los polos magnéticos de la tierra se reacomodaran y todo artefacto, robot e instrumento electrónico de las ciudades submarinas quedaron apagados. El momento era apto para el ataque, las ballenas golpeaban las cúpulas que parecían de cristal y provocaban el ahogamiento de las ciudades submarinas. En la superficie solo faltaba por devorar al anciano y a tres mujeres acompañadas de sus pequeños, cuando de pronto un tigre saltó para matar a uno de los niños. Al instante fue alcanzado por un rayo fulminante que lo mató de inmediato.

Se nubló el universo, se sintió un vacío en el espacio, la serpiente sigilosamente escarbó en la tierra y huyó hasta el mismo infierno, todos los demás animales quedaron inmóviles presenciando lo que pasaba, al mismo tiempo que el Árbol hablaba: —Dejen tranquilas a esas mujeres con sus niños entre sus brazos, ese rayo fue enviado por Dios, Él permitiría que los hombres nos maten, pero no que nosotros matemos a su tesoro más preciado: “el género humano”.

Todos entendieron las palabras del Árbol y emprendieron la retirada. Dejaron en paz a las mujeres y a sus niños.

El árbol, ya debilitado al máximo, se desplomó en el piso por no recibir alimentación de sus raíces...

Tembló el suelo por su caída y sus últimas palabras fueron: —Perdóname Dios, perdóname amigo por reclamarte. Solo quise justificar el derecho que tenemos el resto de los seres vivos, que también somos tus hijos —soltó su último aliento y murió.

Dios, al presenciar su muerte lloró con gran dolor. Su llanto fue tan trémulo que conmovió los cielos, dejó caer muchos rayos pero esta vez impactaban solo en las rocas.

Dios se acercó al Árbol y le explicó: —Yo soy Dios Hijo, disfrazado en este viejo ser humano.

Era Dios encarnado en el anciano y, a la vez que se quebraba en llanto le seguía expresando: —Realmente los tercos hemos sido mis hijos y yo, perdónenme animales, perdóname viejo árbol, tal vez más sabio que yo... Ahora te prometo que en el cielo tus ramas en la cruz de Jesús retoñarán y a mi diestra también estarás.



El escritor prefiere pensar que luego de esto, Dios hizo sentir otra fuerte brisa, que levantó todas las hojas del árbol con el viento, distribuyéndolas en todos los continentes y que al caer sobre la tierra, de cada una nació un árbol.

Quizás puedas tú cambiar el final de este cuento.

Fin

A la misma distancia que está la tierra del lugar más lejano del universo, está el hombre de comprender la verdadera naturaleza de un Ser Creador que hemos llamado Dios.

William Mercay



Esta obra originalmente ha sido escrita en el año 1996, publicada en español en formato impreso en el año 2002, con el nombre de El Último Árbol, fueron vendidas más de 50.000 copias como edición de bolsillo, bajo depósito : If79120028001192, ISBN: 980-6519-04-03.

Para el año 2012 inicia su comercialización en formato electrónico, a la vez que es traducido a varias lenguas.

Se prohíbe su uso parcial o total sin la debida autorización expresa del autor.

Teldiux LLC & William Mercay